

# ARMAMENTISMO Y DESARME

**L**A quinta experiencia nuclear china ha sido ya anunciada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos; puede realizarse en cualquier momento desde el polígono de pruebas de Loo Nor, en Sikiang. Es muy posible que este ensayo sirva para exhibir algún nuevo progreso en la ciencia militar; quizá la bomba de Hidrógeno. En el último ensayo, los chinos habían conseguido ya una bomba de uranio enriquecido, bien miniaturizada, y su principal sorpresa fue la de la aparición de un cohete de alcance medio y velocidad supersónica capaz de transportar la bomba: un proyectil bastante más desarrollado científicamente de lo que se esperaba. La noticia precedió en pocos días a otras dos que señalaban la aparición de nuevas armas. Los Estados Unidos anunciaron el «Poseidón», que es lo que llamaríamos un «missil de missiles»: en su cabeza lleva una serie de proyectiles-cohete que se disparan en el momento deseado y que hacen más fácil la penetración de las defensas enemigas y más vulnerables, por lo tanto, los objetivos de guerra. Aunque los detalles de esta nueva arma estén envueltos por la discreción imprescindible en estas materias, se sabe ya que es un desarrollo del «Polaris A-3», capaz de transportar doble carga y de alcanzar mayor radio de acción. Es posible que se instale a bordo de submarinos con objeto —como ocurría ya con los «Polaris»— de que este tipo de base móvil e invisible no pueda ser alcanzada por el enemigo. La otra noticia procede de Moscú, confirmada por el Pentágono: un mayor desarrollo del sistema soviético de defensa contra los proyectiles atómicos. La URSS ha pasado del establecimiento de puntos de defensa al de áreas de defensa. Esto es, si hasta ahora concentraban sus rampas de lanzamiento de cohetes anti-missiles en torno a algunas ciudades y a centros militares que consideraban vitales, ahora se dedican a la defensa de áreas completas de su territorio. El artefacto mostrado en el desfile de la Plaza Roja —aniversario de la revolución de octubre— parece ser uno de estos cohetes defensivos mejorado por los más recientes adelantos científicos. Parece que en estas operaciones de defensa tienen una concepción estratégica distinta de la de McNamara. Aunque ya se habla en Estados Unidos de crear una «defensa de área» que proteja sus costas contra un posible ataque chino con «missiles» atómicos, hasta este momento Estados Unidos siguen siendo fieles al sistema de «contrafuerza»: es decir, la construcción de un arsenal ofensivo que, en el caso de un ataque por sorpresa, pudiera emplearse inmediatamente en destruir todo el potencial enemigo, de forma que no llegase al territorio americano más que una primera ola de proyectiles, la disparada en el momento de la sorpresa.

El interés político de estas noticias cruzadas consiste en que fácilmente puede advertirse que el equilibrio entre el Este y el Oeste —modificado ya por la irrupción china en el campo militar— no cesa de crecer en un sentido que no es el que desean las poblaciones del mundo. Esto es, en el sentido del «equilibrio del terror», en lugar de por el camino del desarme. La Asamblea General de las Naciones

Unidas acaba de recomendar la continuación de las conversaciones de Ginebra, de las eternas y desesperantes conversaciones de Ginebra, en la que se suceden planes y contraplanes sin que se produzca ninguna aproximación. Las conversaciones de Ginebra no son más que la continuación de la primera conferencia de desarme convocada en La Haya por el Zar Nicolás II en 1899. En aquella época se inventaba la ametralladora «Maxim». En la nuestra se inventa el «Poseidón». El progreso material de las armas en lo que llevamos de siglo ha sido fabuloso; el progreso de los planes de desarme podría calificarse con un cero si no fuese porque ha contribuido a crear la opinión general de que el desarme es inevitable si se quiere salvaguardar la paz. En un interesante estudio que acaba de publicar, Aguilar Navarro («Arbor», núms. 249-250) entiende que «un mundo totalmente desarmado, un desarme químicamente puro» es una esperanza utópica. «Una humanidad totalmente desarmada sólo puede pensarse en términos de anarquismo poético. Siempre habrá conflictos, siempre existirán tensiones, contradicciones. No hay sistema político, concepción de la vida, que tenga las virtudes mesiánicas necesarias para eliminar del peregrinaje humano la contienda, el enfrentamiento, la contradicción. No hay una humanidad angélica. Por eso todo orden de convivencia requiere un poder físico, un sistema coercitivo». A pesar de este pesimismo básico, tradicional en nuestra forma típica de civilización, Aguilar Navarro cree posible «una declaración concertada de las potencias nucleares de su decidido propósito y compromiso de renunciar al empleo de la bomba atómica. Una obligación incondicionalmente aceptada de proceder a declarar la ilicitud incondicional del arma nuclear y de congelar el armamento atómico para ir progresivamente reduciéndolo hasta concluir en la total destrucción de todos los «stocks» nucleares. Sólo sobre estas bases tiene sentido seguir planteando como tarea inmediata la suspensión de las pruebas nucleares, la evitación de toda proliferación nuclear». Para él no hay posibilidad de desarme más que mediante lo que llama «una ambientación histórica». «Ambientar históricamente la negociación del desarme es indagar, explorar sociológicamente, para hallar todos los elementos que puedan constituir el clima político que condiciona la actitud de los Estados con relación al desarme».

Ahora bien, es difícil llegar a creer que esa ambientación pueda hacerse con una verticalidad de arriba a abajo, por una reunión de comisiones de representantes de los distintos Estados dispuestos a realizar una autocrítica de sus propios impulsos hacia el armamentismo. La ya larga historia de los ensayos realizados a partir de La Haya hasta nuestros días nos lleva a la opinión de que hay un juego doble en los Estados participantes por el cual dedican al desarme toda clase de esfuerzos verbales, burocráticos e intelectuales, mientras simultáneamente dedican a la progresión del armamento todos los esfuerzos económicos, científicos y técnicos. Este doble juego viene a demostrar que los Estados necesitan hoy calmar sus masas, sus



**Por  
EDUARDO  
HARO  
TEGLEN**

El rearme adquiere cada día una mayor fuerza. Cada paso adelante de una gran potencia va seguido de dos pasos adelante de la otra. Esas dos potencias son los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero, tras de ellas, las demás naciones hacen lo mismo. Se trata de mantener el «equilibrio del terror». En la foto, un proyectil intercontinental soviético.

opiniones públicas, puesto que todos ellos dedican su fuerza propagandística al desarme y reducen hasta el máximo posible la publicación de datos de armamento. Es la opinión pública, es la gran masa humana la que requiere el desarme, sin necesidad de ser angélica —y aun así, la Biblia guarda el recuerdo de una gran batalla de ángeles, y la imagen del ángel armado con una espada de fuego es todavía hoy frecuente—, mientras que ciertas fuerzas que se superponen a la voluntad colectiva de los pueblos son las que incitan a la carrera de armamentos. Algunas voces hispanoamericanas, algunas africanas, acaban de alzarse contra la creciente venta de material de guerra a países económicamente yacentes por parte de grandes potencias que no sitúan intereses directamente políticos en el rearme de esos países, sino puramente económicos.

Los Estados Unidos dedican hoy un 35,7 por 100 de su presupuesto a fines militares. La URSS dedica un 13 por 100 (cifra de la que hay que desconfiar; muchos de sus gastos militares se hacen por vía indirecta); Alemania occidental, el 25; Francia, el 21; Gran Bretaña, el 20. En cifras absolutas, los dos bloques consagraban en 1965 de 60 a 70 billones de antiguos francos —unos 8 a 9 billones de pesetas— al esfuerzo armamentista (según Jules Moch). Estos gastos absorben una gran parte de la posible mejora de nivel de vida: el porcentaje de gastos de guerra en proporción a la renta nacional alcanza en los Estados Unidos un 11 por 100; en la URSS, un 9 por 100 (aproximado); en Francia y en Gran Bretaña, el 8 por 100; en Alemania occidental, el 6 por 100. Al mismo tiempo, el incremento de la renta en dichos países oscila entre el 2 y el 8 por 100 anual. De esta forma se ve de qué forma el peso del armamentismo gravita directamente sobre los pueblos, mientras favorece exclusivamente las industrias de guerra. La presión de esas industrias es muy considerable. Cualquier posibilidad de desarme tendría que basarse en la reconversión de esas industrias creadas en beneficio de una producción de paz, dirigida hacia el interior o hacia los países subdesarrollados, cuya hambre perpetua es otro de los motivos latentes de guerra. Jules Moch estima que la entrega de un 10 por 100 de los gastos militares sería decisiva: «En total, esta aportación del 10 por 100 de los presupuestos militares suministraría de 60 a 70 millones de francos (nuevos) por año, lo que corresponde al esfuerzo mínimo juzgado necesario por los expertos para salvar cerca de dos mil millones de hombres del hambre».

Estos datos demuestran hasta qué punto la «paz obligatoria» na-

cida del «equilibrio del terror» debe ser considerada solamente como un mal menor; infinitamente menor, si se quiere, que la guerra; pero insatisfactoria e inconcluyente. Por otra parte, el «equilibrio del terror» no es más que un consuelo provisional; puede romperse en cualquier momento, y las circunstancias que se están desarrollando en Asia nos muestran hasta qué punto es precario. Alfred Nobel, inventor de la dinamita en 1867, creyó sinceramente que había dado al mundo un invento que podría traer la paz al mundo mediante un equilibrio del terror. La cantidad de muertos que su dinamita ha producido desde entonces, y las guerras producidas, llenan cientos de páginas de libros de historia. El hecho de que el nombre de Nobel se siga utilizando hoy para designar el premio mundial de la paz, fundado por él mismo, es una de las más curiosas contradicciones del mundo moderno y explica abundantemente la paradoja del hombre de ciencia que no puede controlar el alcance de su propio genio.

Personalmente creo que el «equilibrio del terror» no es la única base que haya disuadido a los dirigentes de los grandes países de desencadenar la gran guerra atómica que está pendiente sobre la humanidad desde 1945, sino la potente presión de abajo arriba, ejercida a partir de las masas y de la opinión pública expresada directamente por ellas. Hoy mismo la guerra del Vietnam está frenada por la existencia de una fuerte corriente de opinión pública en contra, no solamente en los Estados Unidos, sino en todos los países del mundo, incluyendo sus aliados. El ejercicio incesante de esa presión, modificando continuamente las estructuras de los países en que se ejerce, aflorando hacia el poder hombre de paz y de reflexión, será la única capaz de crear, poco a poco, la ambientación histórica necesaria para que el desarme pueda progresar en un sentido positivo. Para ello es necesario combatir continuamente la idea de que la guerra es imposible como consecuencia de sus definiciones catastróficas. Si creemos que la guerra es imposible por sí misma, porque su propio progreso científico la ha hecho imposible, nos dejaremos caer en una especie de confianza de la que nos podemos despertar un día al resplandor del hongo atómico. No hay que creerla imposible, como lo hacen la mayor parte de los teóricos de hoy, ni muchos menos inevitable, como mantienen los maoístas chinos. Es posible, está pendiente sobre nosotros; y la reacción directa contra esa posibilidad es la que puede hacerla evitable.

E. H. T.